

DISCURSO

PRONUNCIADO EN EL

CASINO-LICEO DE ESTA CIUDAD

AL INAUGURAR SUS CLASES DE ENSEÑANZA

en el curso de 1862 a 1863,

POR

DON MANUEL CARBALLO Y FERNANDEZ,

Doctor en Derecho.



SANTA CRUZ DE LA PALMA.

Imp. de El Time, calle de Santiago, num. 76
1864.

DISCURSO

PRONUNCIADO EN EL

CASINO-LICEO DE ESTA CIUDAD

AL INAUGURAR SUS CLASES DE ENSEÑANZA

en el curso de 1862 a 1863,

por

DON MANUEL GARBALLO Y FERNANDEZ.

Doctor en Derecho.

SANTA CRUZ DE LA PALMA.

Imp. de El Time, calle de Santiago, num. 78

1864.

DISCURSO

PRONUNCIADO EN EL

CASINO-LICEO DE ESTA CIUDAD.

Señores:—Yo no esperaba ciertamente verme honrado con la Direccion de las clases que venimos esta noche á inaugurar, y colocado por tanto en el deber de dirigiros mi débil voz para encarecer la grandeza, la utilidad y las ventajas de la empresa que acometemos. De otros labios mas autorizados que los míos deberian salir las frases que diesen á conocer nuestro pensamiento; otros con mas talento que yo, con mas viva y galana imaginacion, sabrian mostraros la importancia y trascendencia de la mejora que hoy recibe nuestra Sociedad, y trazaros una animada pintura de los beneficios que esta enseñanza va á proporcionar á la juventud. Pero á pesar del convencimiento que tengo de mi insuficiencia, no he vacilado en aceptar el encargo, porque nunca rehuyo el cumplimiento del deber, ni el empleo de mis escasas fuerzas, en todo aquello que considero de adelanto para el pais: lo que he de deciros es por otra parte tan claro y de tan evidente utilidad, que no perderá gran cosa de su valor intrínseco por toscas que sean sus formas, é inadecuado el órgano por donde se os comunique.

Hay, señores, en la vida de las naciones un desarrollo lento y gradual que puede muy bien compararse

al que observamos diariamente en los individuos, aunque guardando la debida proporcion las distintas edades de las unas y los otros con la duracion total que respectivamente suelen alcanzar. Lo que en estos pasa en años, en aquellas pasa en siglos; pero á pesar de esta diversa estension, podemos distinguir en las primeras como en los segundos tres grandes períodos de infancia, virilidad y senectud, ó sean períodos de nacimiento y formacion, de crecimiento y poder, de decadencia y de muerte. Insistiendo en la misma comparacion, así como el individuo necesita en su primera edad de los cuidados paternales para alimentar el cuerpo y la inteligencia, y despues de llegar á la segunda ya puede abandonarse sin riesgo á su actividad; del mismo modo las naciones, en el primer período de su desenvolvimiento, viven bajo la tutela de un poder superior ó extraño que las guia y auxilia sin tener ellas fuerza en sí propias para tomar la iniciativa en procurarse todo lo que conduce á su bienestar, mientras que en el segundo ya obran y trabajan libremente dándose la organizacion mas adecuada á sus circunstancias, y emprendiendo todas aquellas reformas reclamadas por el tiempo que modifican y mejoran su existencia. El salir y prescindir de las condiciones propias de cada edad, ha traído y acarreado á veces muchos males y perturbaciones, ó cuando menos ha dejado á los pueblos estacionados, abatidos, desheredados de las ventajas y riquezas que trae consigo el adelantamiento y la cultura. Fácil me seria, si quisiera, comprobar esta observacion con numerosos ejemplos que presenta la historia.

Pero no es, señores, de las naciones de quien quiero hablaros, sino de las provincias, y en particular de las poblaciones de que se componen. Con éstas acontece lo mismo que con las naciones, aunque en menor escala: tambien tienen su período de debilidad y flaqueza, su época en que casi nada pueden hacer por sus propias

fuerzas, sino esperar lo todo del Gobierno supremo de la nacion; tambien les llega un tiempo en que deben obrar por sí mismas, y tomar la iniciativa en todas aquellas mejoras que su situacion reclame. La indolencia ó incuria no suele por lo regular dar en ellas márgen á grandes perturbaciones, porque carecen de autonomía; pero en cambio les acarrea la postracion y el marasmo, privándolas de todos los beneficios que otras han sabido procurarse con su actividad, de todas las útiles concesiones que otras con su diligente celo han logrado arrancar del Gobierno.

Por esto es hoy inadmisibile en buenos principios de derecho público la centralizacion administrativa, porque mata la vida de las provincias haciéndolas depender exclusivamente de la accion del Gobierno, y la accion del Gobierno languidece con la distancia, llega fria á los extremos de la nacion, y no puede alcanzar á remediar ciertas necesidades que son de menos bulto, pero que no por eso dejan de sentirse vivamente en cada localidad, y ejercer una poderosa influencia en su suerte y bienestar. Hay mas aun, y esto viene á ser una ilacion de lo que precede: cuanto mas retirada del centro se halle una provincia, y cuanto menos figure y resalte su nombre en el cuadro general de la nacion, tanto mas debe redoblar su celo, y afanarse y trabajar por sí misma en procurarse el bien, porque por muy exacto y diligente que sea el Gobierno en dispensar con igualdad su proteccion á todos sus administrados, ni puede ser un Argos de cien ojos, ni puede siempre acortar las distancias, ni evitar las consecuencias que nacen de la situacion y condiciones de cada pais.

De estas premisas, cuya exactitud no puede ponerse en duda sin negar las leyes de la razon y de la historia, debemos sacar dos consecuencias importantes para justificar el intento con que nos hallamos reunidos. La

primera, es que no debemos permanecer por mas tiempo en la inaccion sin emprender una porcion de obras que se echan de menos, y que contribuirian sin duda eficazmente al progreso de esta isla: la segunda, que precisamente nosotros por nuestras condiciones etnográficas, por nuestra posicion lejana del centro de la Nacion, somos los que debemos emplear con mas ahinco nuestros esfuerzos á tal fin encaminados, si no queremos quedarnos en el aislamiento de nuestras costas, y en un vergonzoso y mortal atraso.

Por esta razon debe ser grande nuestro júbilo al ver que despertamos de nuestro antiguo letargo, de nuestra punible indiferencia, para acometer empresas que, por nuevas y estrañas, parecen á algunos irrealizables, pero cuya ejecucion cederá á los afanes de una fé viva y perseverante, de un sano y discreto patriotismo. Yo me congratulo con vosotros por este motivo, y creo no equivocarme al afirmar que ni uno siquiera de los que me escuchan dejará de sentir un verdadero regocijo, observando que empiezan á reflejarse sobre el horizonte los albores de un nuevo dia en que nuestra pintoresca isla, por tanto tiempo adormecida y cubierta sólo de las blancas gasas que envuelven sus costas, y de las verdes galas con que la naturaleza adorna sus alturas, despier-ta al fin animada de nueva vida para ataviarse con las ricas preseas del arte, y presentarse decorosamente en el festin de la civilizacion.

Muchas son, señores, bien lo sabeis, las obras que para esto hay que emprender; muchas y de muy distinto género. Obras que tiendan á la esplotacion y movimiento de la riqueza interior; obras que faciliten el comercio y las relaciones exteriores; obras, en fin, que contribuyan á nuestro mejoramiento intelectual y moral. De intento he enumerado éstas en postrer lugar, porque han de ser el tema de estas breves consideraciones, no

porque sea mas escasa su importancia. Al contrario, á todas se la concedo muy grande, todas seria de desear que se redujesen inmediatamente á la práctica; pero las últimas por su índole, por su fin, por sus medios, son á la par las mas realizables, y las de efectos mas altos y trascendentales.

En efecto, señores, todas las obras que el hombre como sér individual, y los pueblos como séres colectivos conciben y ejecutan, cualquiera que sea su clase y naturaleza, tienen por objeto la prosperidad, ya particular, ya general: así que las fuentes de la prosperidad son muchas, pero todas nacen de un origen, y ese origen es la instruccion. La instruccion las descubre, y á ella están todas subordinadas; ella dirige sus raudales para que corra por varios rumbos á su término; ella remueve los obstáculos que pueden obstruirlos ó estraviar sus aguas. Con la instruccion todo se mejora y florece; sin ella todo decae y se arruina.

Pero ¿qué es la instruccion? ¿cuál es su esfera? ¿cuáles son sus límites?

Hé aquí una cuestion inmensa que daria lugar á larguísimas disertaciones, como ha dado materia para voluminosos libros. Yo no puedo detenerme mucho en ella, y habré de contentarme con apuntar algunas ideas que sirven con mucha oportunidad á mi propósito.

La instruccion, en su sentido mas óbvio é individual, es la comunicacion de la ciencia: la instruccion pública, en su sentido profundo y trascendental, es la organizacion de la ciencia en la sociedad, ó de otro modo, la forma social de la ciencia. Su esfera es la objetividad de la ciencia misma; sus límites, las relaciones entre ésta y la sociedad. La ciencia es objetiva, y porque es objetiva es patrimonio de todos. La instruccion se propone realizar la objetividad científica, haciendo que la ciencia llegue á todos en todas sus manifestaciones. La

instruccion, pues, no es la ciencia; pero es la generalizacion de la ciencia. Ahora bien, sin esta generalizacion no hay progreso posible en la sociedad. Podrá haberle en la ciencia misma; podrá ésta hacer muchos descubrimientos; podrá hacer grandes adelantos en las regiones de la abstraccion; pero mientras por su misma objetividad no pasa del individuo á la sociedad, mientras no es aceptada y reconocida por ella, mientras no realiza su fin práctico, sus adelantos son en cierto modo extraños á la sociedad, no hay progreso social, es decir, no hay verdadero progreso.

Si quereis convenceros de la verdad de estos asertos, que no son mios, sino de un distinguido escritor coetáneo, podeis echar una rápida ojeada sobre la marcha que han seguido las ciencias en el mundo, sobre el carácter y la ostension que han afectado en las distintas épocas y en los distintos paises que han recorrido. Vereis la luz del humano saber despuntar como el sol en el Oriente, atravesar las inmensas llanuras del Asia con paso lento y perezoso, y hacer una especie de descanso en el Egipto antes de trasladarse á Europa; pero observareis al mismo tiempo que en esta primera etapa permanece velado, casi oculto, sin salir apenas del fondo de los santuarios donde le encierra con cien llaves el sacerdocio. Trasplantado á la Grecia, toma un carácter distinto, ó por mejor decir, opuesto. En un clima mas benigno, bajo un cielo despejado y sereno, y respirando el aura suave de la libertad, se generaliza, se populariza, y ostenta á la faz del mundo sus galas y primores; de aquí los verdaderos progresos que hace en todas sus ramificaciones; de aquí esa multitud de sabios que le estienden, que le aplican, cuyas obras han sido y son aun la admiracion de los hombres entendidos.

Subyugada la Grecia al poder de los romanos, las ciencias sufren en su brillo un nuevo eclipse. Durante el

período de la república apenas tienen algunos cultivadores, algunos imitadores de los griegos, porque las luchas continuas, ya interiores, ya exteriores, no permiten á los romanos dedicar á ellas su atención. Era aquel un pueblo que parecía providencialmente destinado á proclamar y sostener el imperio de la fuerza, y quizá por esto, la única ciencia que en él se desarrolló, la que aprendida é importada de Grecia, adquirió en sus manos un sello de originalidad, fué la ciencia del Derecho, es decir, la que emana del poder ó sirve para interpretar y aplicar sus fórmulas. Bajo los escombros del imperio romano quedaron sepultados la mayor parte de los monumentos de la civilización antigua: algunos restos solamente se salvaron dentro de los muros de Constantinopla, donde sólo sirven en las Academias y conventos para inútiles y estériles controversias. Allí se hubieran corrompido ó perdido tal vez del todo, como el agua estancada que no se renueva, si las cruzadas, abriendo de nuevo el camino y restableciendo las comunicaciones de Europa con el Oriente, no hubiesen vuelto á traer aquellas preciosas semillas, que sembradas y difundidas en el suelo fértil de las repúblicas italianas, comenzaron otra vez á germinar y producir no escasos frutos. Sin embargo, la atmósfera que generalmente se respiraba, no les era aun enteramente propicia: el régimen feudal era una fuerte traba que detenía su vuelo.

Llega la época del Renacimiento; Italia prosigue con ardor, bajo la poderosa protección de los Médicis, la obra comenzada. El impulso que allí reciben las ciencias se trasmite á las demás naciones de Europa, y en todas ellas la luz del humano saber torna á brillar como en Grecia, mucho mas que en Grecia, arrojando de sí vivísimos resplandores. Entonces los progresos son muy notables, verdaderos y tangibles, porque la ciencia se generaliza, porque la instrucción realiza su objetivi-

dad, y hace adelantos, y hace esa multitud de descubrimientos importantísimos, de inmediata aplicación, que preparan y preludian felizmente la época contemporánea.

Ya tocamos el último momento histórico en esta ligerísima reseña. Habeis visto los magníficos resultados de la generalización de la ciencia después del Renacimiento y en los primeros siglos de la edad moderna. Sin embargo, estos resultados se verifican todavía á despecho de los obstáculos suscitados por instituciones viciosas, por falsas y añejas preocupaciones. Estaba reservada á nuestro siglo la completa emancipación de la ciencia, su ilimitada generalización. Las consecuencias que de aquí se derivan, vosotros podeis verlas, podeis tocarlas, ó á lo menos podeis tener noticia de ellas. La industria, el comercio, el arte, la moral, el derecho, todo lo que constituye el gran conjunto de la vida social, sigue el movimiento generalizador de la instrucción. Los descubrimientos se suceden con pasmosa rapidez, y nacen sin cesar del inagotable tesoro de la ciencia. De la ciencia y de la instrucción reciben su benéfico influjo todos los medios de desenvolvimiento de que el hombre dispone, tanto en el orden de la materia, como en el del espíritu.

Para convenceros de ello, considerad el desarrollo que han tenido las diversas industrias desde que, abandonando las prácticas ciegas y rutinarias, se han erigido en verdaderas enseñanzas científicas: ¡qué diferencia en la sencillez, y al mismo tiempo en los resultados de las operaciones agrícolas! ¡qué variedad y perfección en los instrumentos de que hoy se vale la primera de todas las industrias! ¡qué primores tan delicados y asombrosos en las manufacturas! ¡qué rapidez y acierto en los cálculos y relaciones mercantiles! ¡qué atrevimiento y seguridad en la navegación! ¡qué prodigios en las

artes! En suma, ¡qué imponente grandeza en todo lo que el hombre ejecuta! y lo que es aun mas admirable y provechoso, y lo que quizá mas propio es de nuestro siglo, ¡cómo se aumentan y multiplican las aplicaciones de la inteligencia á todas las esferas de la vida, á la satisfaccion de las necesidades al parecer mas insignificantes, desde que la instruccion se generaliza, desde que el hombre, desde que los pueblos se apartan de los oscuros y tortuosos senderos del empirismo, para entrar por el ancho y recto camino que alumbra el esplendente faro de la ciencia!

No son, señores, menos grandiosos los resultados de la instruccion en órden al mejoramiento moral. La ignorancia es el mas fecundo origen del vicio, el mas cierto principio de la corrupcion. La instruccion enseña al hombre sus deberes y le inclina á cumplirlos. La virtud consiste en conformar nuestras acciones con ellos, y esto indudablemente será mas fácil á aquel que mejor los conozca. Es verdad que además del conocimiento, se necesita inclinacion á practicarlos; pero, como dice el ilustre Jovellanos, el bien es de suyo apetecible; conocerle es el primer paso para amarle. Así es que salva la libertad de nuestro albedrío, no hay duda que tendrá mas aptitud, mas disposicion, mas medios para dirigir sus acciones al bien aquel que conozca mejor este bien, esto es, aquel que tenga mas instruccion.

Al tocar este punto no puedo dejar de hacerme cargo de una objecion contra estos principios que suele oirse en boca de algunos, á saber: que la instruccion, ya porque atrae las riquezas y con ellas el lujo, ya por sí misma, inficiona y corrompe las costumbres.—En primer lugar, el lujo no es malo sino cuando es excesivo, y el lujo excesivo, absolutamente hablando, no nace de la riqueza. Hay lujo en todas las naciones, en todas las provincias, en todos los pueblos, en todas las profesio-

nes y oficios de la vida, ora sean ó se llamen ricos ó pobres. Le hay en las naciones cultas é instruidas, como en las bárbaras é ignorantes. Le hay en Constantinopla, como en Lóndres; en las mas renombradas capitales de Europa, como en las oscuras y miserables poblaciones del Africa. Si un europeo adorna su persona con galas y preseas para nosotros de valor y de buen gusto, el salvaje rasga sus orejas, horada sus labios y narices, y se engalana con anillos, con airones y plumas, que aunque nos parezcan á nosotros extravagantes, son para ellos de un gran mérito y distincion. La riqueza podrá fomentar algo el lujo; pero el lujo no llega á ser verdaderamente excesivo, sino allí donde las leyes autorizan la mala distribucion de la riqueza, ó donde ésta entra en tropel y en desórden, porque la riqueza puede compararse al agua, que repartida en conveniente proporcion por una vasta llanura, sirve para fecundar la tierra y hacer florecer las mieses y las plantas, mientras que arrojadas de tropel sobre un terreno, le inundan, destruyen sus jugos vitales, y ahogan los gérmenes de la vegetacion.

En segundo lugar, sea cual fuere la causa del lujo, la instruccion lejos de fomentarle, le modera, le dirige mas bien á la comodidad que á la ostentacion, y pone un límite á sus excesos. La instruccion en general infunde hábitos de sobriedad, inclinacion al trabajo, y la economía política en particular, hace de éste un objeto de culto, y aunque no descende á trazar reglas de conducta á los padres de familia, porque nadie mejor que ellos puede juzgar del estado de su fortuna y armonizar sus gastos con sus rentas, lo cual, como decia Mirabeau, es un simple cálculo aritmético, con todo establece preceptos generales respecto al consumo privado y al consumo público, y muestra á los encargados de administrar la riqueza particular y la riqueza social los peligros que hay en gastar sin reserva, en no proporcionar

debidamente los gastos habituales á las rentas, y destinar una parte de éstas á un empleo reproductivo.

No negaré yo que la ciencia haya servido á veces de auxiliar para producir ó patrocinar desórdenes y horrores. Pero esto sucede ó cuando la instruccion es mala y perversa, ó en ciertas erísis, en que las pasiones desencadenándose, arrostran por todo y abusan de todo. La corrupcion de lo mejor es la peor de todas las corrupciones, y la instruccion puede tambien corromperse y degenerar en delirio. Pero la buena y sólida instruccion es su antídoto, es la que repara lo que aquella destruye, es la que salva á los pueblos en los momentos de una gran catástrofe, porque el dominio del error no es estable ni duradero; pero el imperio de la verdad es eterno como ella.

Me he detenido, señores, algun tanto en estas consideraciones, porque el pasarlas por alto hubiera podido reputarse como un vacío en mi discurso, y porque ellas sirven para establecer la ilacion en las ideas; pero no porque hubiese necesidad de inculcaros la utilidad de la instruccion, pues seria inferiros una ofensa el suponer que haya alguno entre vosotros que abrigue sobre este punto la menor duda. Alguno quizá pudiera tenerla sobre la oportunidad en la aplicacion de estos principios á nuestro designio, sobre los medios con que nuestra Sociedad cuenta para llevarlo á cabo, sobre la forma en que va á hacerse, sobre la eleccion, en fin, y resultados probables de las enseñanzas que venimos esta noche á inaugurar.

Señores, vano y hasta risible seria el pretender que nuestro pensamiento no es susceptible de mayor desarrollo, que con las clases que hemos establecido, queda resuelto del todo el problema de la instruccion en nuestra isla. Yo miro este establecimiento á la vez como una realidad y como una esperanza. El problema se presen-

ta con varias incógnitas: hemos despejado una, esta es la realidad; tal vez esta sirva para despejar las otras, en esto fundo la esperanza. Ni la índole de la Sociedad, ni su objeto, ni quizá sus recursos, permitían pensar en realizar un plan completo de segunda enseñanza con todos los estudios, con todos los requisitos legales necesarios para producir efectos académicos. Y bien, ¿se negará la utilidad de esta enseñanza porque no sea mas variada? ¿se desdeñará el acudir á instruirse porque esa instruccion no produce un título? Señores, quédese para otros tiempos tan mezquina y bastarda apreciacion del desenvolvimiento intelectual del hombre; no nos hagamos cómplices del lamentable error en que incurrieron aquellos que, confundiendo lastimosamente el fin con los medios, no se proponían en las carreras científicas otro objeto que adquirir el diploma de una profesion. Compadezcamos y no imitemos á aquellos que miran un establecimiento literario como una oficina donde por dinero, y con unas cuantas idas y venidas, se espíden patentes de abogado, de médico, de ingeniero, & á aquellos que reasumen todo el aprecio que hacen de la ciencia en el conocido refran *Fortuna te dé Dios, hijo, que el saber poco te importa.*

Tales desvaríos podrian tener acogida en otros tiempos, en aquellos tiempos en que dos valentones de una asonada, á pesar de ser hombres rudos é iliteratos, pedían á las autoridades del bando triunfante como premio de sus servicios una credencial de jueces de primera instancia, ó en que un ministro, jefe supremo de la enseñanza, preguntaba cándidamente que para qué servía el estudio de la Historia, siendo así que él sin estudiarla habia encanecido en los mas elevados puestos de la magistratura; habia llegado muchas veces á diputado, y últimamente á concejero de la corona. No, señores, hoy no puede mirarse por prisma tan estrecho y

engañoso la instrucción y sus resultados: el título no es mas que lo accesorio, el medio para presumir de derecho la ciencia en aquel que ejerce una profesion reglamentada; lo principal, el verdadero fin en las carreras literarias, lo que es realmente importante en todos y no puede suplirse impunemente, son los conocimientos adecuados á su ocupacion, á la mision que se ha propuesto llenar en el mundo. El gran canciller de Verulamio ha dicho que el hombre vale lo que sabe, y no ha tenido en cuenta para nada los títulos profesionales.

Así, pues, las clases que hoy abre en su recinto esta Sociedad, aun cuando no constituyan una carrera literaria, ni encierren los estudios, ni los requisitos necesarios para dar comienzo á ella, no son por eso menos útiles. En su eleccion ha habido necesidad de conciliar su mayor utilidad con su mas fácil desempeño, atendidos los medios que nos es dable emplear. A causa de esto, redúcense por ahora á la moral, la economía política, las matemáticas, la historia y nociones de geografía, el idioma francés, el dibujo lineal y la música. Basta enumerarla para comprender á primera vista la grande é innegable conveniencia de todas ellas. ¿Quién podrá negársela á la moral, la primera y mas indispensable de todas las ciencias sociales, la que con sus eternas verdades hace fructificar en el corazon de los jóvenes las buenas semillas sembradas por la tierna solicitud de sus padres y la educacion de sus primeros maestros? Antes he dicho que tambien la instrucción podia viciarse y corromperse. Pues bien, para que esto no suceda, la primera condicion es que esté basada en la moralidad, que se empiece por el conocimiento no sólo de las obligaciones que el hombre como cristiano tiene que cumplir con su Creador, sino de las que le ligan á sus semejantes, deslindando con cuidado los deberes y los derechos, y dando idea exacta de unos y otros para que no se confundan, por-

que de esta confusión suelen resultar con frecuencia los conflictos y disgustos. La moral, pues, debe figurar siempre á la cabeza en todo establecimiento de enseñanza.

Quizá se sorprenda alguno de ver colocada la economía política entre unos estudios que parecen todos pertenecientes á la segunda enseñanza; pero debo advertir que no ha habido propósito de que sean todos de este género, sino que se han escogido aquellos que, hallándose mas al nivel de nuestro alcance, se juzgasen al mismo tiempo los mas útiles. Ahora bien, para probar la utilidad de la economía política me basta observar que es, por decirlo así, la ciencia de moda; que todas las naciones cultas consagran templos á su especial devoción; que esos congresos internacionales que con tanta frecuencia se celebran, todos tienen por objeto discutir y resolver alguno de sus mas importantes problemas. Y con razón, señores, porque la esfera de la economía política es muy dilatada, porque su objeto no puede menos de interesar á todos, porque todos trabajan de alguna manera, y esta ciencia trata de la filosofía del trabajo en sus varias y casi infinitas aplicaciones. Por esta razón, sin duda, en la legislación académica vigente no es peculiar de ninguna carrera, sino que se estudia en casi todas, empezando por los estudios de aplicación de la segunda enseñanza, con lo cual acabará de desvanecerse la extrañeza que poco há quise yo mismo anticipadamente prevenir.

No necesito detenerme tanto en demostrar la oportunidad con que se han incluido las demás clases designadas en el cuadro de las que venimos á establecer. Las matemáticas, de tan universal aplicación, principiando por los asuntos domésticos y por las artes y oficios mas humildes, y terminando en las regiones mas sublimes de la física y la astronomía; la historia y su auxi-

liar la geografía, complemento indispensable de una buena educación, á la vez que arsenal riquísimo de datos y lecciones provechosas en la vida privada y en la vida pública; la lengua francesa, y en general las lenguas vivas, tan necesarias en el siglo del vapor y la electricidad, que hacen tan frecuentes y variadas las relaciones mútuas de unos países con otros; el dibujo, cuyos servicios á las artes son de tan indispensable valor; la música, en fin, adorno tan bello, bajo cuya divina influencia recobra el hombre las fuerzas perdidas, y á veces recibe inspiraciones felices para el trabajo, arte con tanto gusto cultivado siempre por los habitantes de esta isla, donde, sin embargo, apenas se ha enseñado su teoría con la sencillez y precisión que hoy tienen sus principios. Muy incompleto es todavía el cuadro; pero para nuestro intento dos son las enseñanzas que principalmente echo de menos, la contabilidad mercantil y la lengua inglesa, enseñanzas reclamadas imperiosamente por el giro y la estension que cada dia toma nuestro comercio. Yo abrigo la esperanza de que vencidas ciertas dificultades, figuren algun dia al lado de las que hoy establecemos. Entre tanto, nuestro deber es proseguir con ardor la obra comenzada.

Si á pesar de la incuestionable utilidad de la propagacion de estos conocimientos, no acude en tropel la juventud á aprovecharse de ellos, no os sorprendais, ni os desanimeis por ello. Todas las instituciones, todos los proyectos de alguna entidad luchan al principio con poderosos obstáculos, y sin la fé y la paciencia inquebrantables de sus autores, hubieran de seguro quedado relegados al olvido antes de llevarse á cabo gran parte de los descubrimientos que mas bienes han traído á la humanidad. En el presente caso, yo creo que el hecho que nos ocupa procede de dos causas: la primera es la índole misma de esta Sociedad, que no puede hacer partíci-

pes de sus beneficios sino á los que ingresan en ella y ayudan á conllevar sus cargas, y aunque éstas no son pesadas, y aunque esas puertas están abiertas para todos, muchos permanecen alejados de este sitio por razones que yo no me atrevo en este momento á calificar. La segunda causa puede buscarse en la costumbre: todos sabemos cuánto influye el hábito en las determinaciones humanas. Nuestra juventud, generalmente hablando, no tiene costumbre de dedicar á ocupaciones serias, á estudios graves, parte de las horas que ordinariamente se destinan al solaz y esparcimiento. Esto exige, no lo niego, de parte de la Sociedad, y en especial de los que voluntaria y desinteresadamente se han prestado á desempeñar las cátedras, cierta abnegacion, cierta constancia, para no caer en el desaliento; pero esto mismo realzará mas su sacrificio, y hará mas grata y preciada la recompensa que no niega nunca la conciencia pública á las nobles tareas del magisterio.

Voy á concluir, señores; pero permitidme que pague antes una deuda y dirija una escitacion. Hasta aquí he procurado esponer la idea de los autores y ejecutores del proyecto, aunque temo con razon haber defraudado sus esperanzas. Creo no equivocarme, si constituyéndome ahora en intérprete de la Sociedad, rindo un justo tributo de gratitud á la Junta directiva, que concibió el pensamiento, y con tan patriótico celo como enérgica perseverancia ha trabajado y removido los obstáculos para reducirlo á la práctica. El período de su administracion será una página gloriosa en los fastos de esta Sociedad; sus individuos han merecido bien del pais, y éste les acordará desde luego, y especialmente en lo adelante, el premio á que se han hecho acreedores, la estimacion y el agradecimiento por la mejora que han sabido plantear, por los opimos frutos que sin duda debe producir.

Para obtener estos frutos no bastan, sin embargo, sus afanes, ni sus buenos deseos; necesitase indispensablemente el concurso de la juventud, y á ésta dirijo mi es- citacion. Los que han tenido la fortuna de nacer y reci- bir su educacion en la presente edad, gozan sin duda de mayores ventajas, encuentran mas comodidades, tienen á la mano mas fáciles y abundantes medios de ilustra- cion; pero en cambio pesa tambien sobre ellos mas gra- ve empeño: la Sociedad es con ellos mas exigente, les pide mas estrecha cuenta del empleo del tiempo, de la porfía con que han lidiado, del botin que han recogido en la campaña intelectual de los primeros años. Poco, muy poco habian menester en las edades pasadas los que que- rian brillar y adquirir consideracion: si eran de las cla- ses acomodadas, bastábanles cierto barniz, no de ins- trucccion, sino de urbanidad, y á veces, señores, de ur- banidad estúpida, si es que pueden unirse estas dos pa- labras; si eran de las clases trabajadoras, limitábanse á aprender de rutina y practicar servilmente el oficio que sus padres ó maestros les enseñaban. No se cuidaban de adelantar nada en él; no se cuidaban, antes bien era un pecado, de saber leer y escribir. Hoy los jóvenes, cualquiera que sea su clase y condicion social, necesitan instruirse, necesitan estudiar, si no quieren hacer un mal papel en la sociedad, porque hoy el hombre, como decia Bacon, vale lo que sabe, y aun pudiera convertir- se la proposicion del gran filósofo, y decir: sabe lo que vale, esto es, sabe que él es el rey de la creacion, no por sus fuerzas físicas, sino por su inteligencia, y que sólo cultivando ésta es como puede dominar completa- mente y sujetar á sus servicios á los demás séres; sabe que él es el único esencialmente perfectible, y por esta cualidad de su naturaleza, tiene el deber de procurarse todo el desenvolvimiento racional posible, no sólo por miras de utilidad material, sino porque así lo demanda

su dignidad de hombre, su conciencia de sér inteligente y libre, y además por respeto y acatamiento á los designios de Dios, que no le concedió en vano tan preciosos atributos. Es, pues, hoy un deber ineludible en los jóvenes el instruirse; lo es mas que en otros tiempos, porque se han esclarecido mas estos principios, se han generalizado, se han aceptado por todos.

Acudid, jóvenes palmenses, á recibir los conocimientos con que se os brinda, y si os fatiga y no os convence la abstraccion de las reflexiones que acabo de haceros, sabed que no sólo por razones de dignidad, sino tambien por utilidad positiva, sois llamados. Si sois ricos, añadiréis con la instruccion nuevo lustre á vuestros timbres, y dirigireis con mas acierto el desarrollo de vuestra fortuna; si ganais con vuestros brazos ó con vuestra inteligencia los medios de subsistir, en las aulas que se os abren, hallareis recursos eficaces para facilitar, aumentar y perfeccionar los productos de vuestro trabajo. Todos sacareis algun partido de esta enseñanza; todos teneis necesidad de hacer aplicacion de ella; todos podeis por este medio consultar al provecho particular, y proveer al mismo tiempo al interés comun, contribuyendo á que esta hermosa isla no sea simplemente un jalon clavado en medio del Atlántico para servir de guia á los que miden su superficie, sino un verdadero oasis enriquecido por la naturaleza y por el arte, un pais donde la inteligencia explota el venero de sus dones naturales, y á donde el navegante puede acudir seguro de gustar los frutos, y descansar á la sombra de las ramas del árbol frondoso de la civilizacion moderna.

HE DICHO.